

Y esta gran mentira tenía tal color de verdad, que el caballero lo creyó. Aquel *mi querido caballero* era algo así como la revancha tomada por Pedro el Grande de Carlos XII en Pultawa de todas sus precedentes derrotas. Bousquier se vengaba deliciosamente de las mil picantes indirectas de que había sido objeto; pero en medio de su triunfo, hizo un gesto de joven, se pasó la mano por el bisoñé, y... lo levantó.

—Les felicito á ambos—dijo el caballero con aire amable y les deseo que acaben como los cuentos de hadas: *fueron muy felices y tuvieron muchos hijos*. Pero, caballero—añadió al mismo tiempo que tomaba un polvo—no olvide usted que lleva un tupé falso—dijo con voz burlona.

Bousquier se puso rojo como la grana al ver que tenía el tupé á diez pulgadas del cráneo. La señorita Cormón levantó los ojos, le vió la calva y los volvió á bajar por pudor. Bousquier lanzó al caballero la mirada más venenosa que jamás sapo alguno haya podido lanzar á su presa, al mismo tiempo que pensaba:

—¡Camellos de aristócratas que me habéis despreciado!

El caballero de Valois creyó haber recobrado así todas sus ventajas; pero la señorita Cormón no era mujer capaz de comprender la conexión que establecía el caballero entre sus deseos y el falso tupé, y, por otra parte, aunque lo hubiese comprendido, su mano no le pertenecía ya.

El señor de Valois vió que todo estaba perdido para él, y la inocente Rosa, al ver aquellos dos hombres mudos, quiso ocuparlos en algo y les dijo sin malicia.

—¿Porqué no juegan ustedes dos un *piquet*?

Bousquier sonrió y, como futuro dueño de la casa, fué á buscar la mesa de *piquet*. El caballero de Valois, ya porque hubiera perdido la cabeza, ó ya porque quisiese permanecer allí para estudiar las causas de su desastre y remediarlas, se dejó llevar cual la víctima al matadero. El noble hidalgo había recibido el golpe más violento que puede sufrir un hombre.

El abate Sponde y el vizconde de Troisville no tardaron en llegar, é inmediatamente la señorita Cormón se levantó, corrió á la antesala, llamó á su tío aparte y le comunicó su resolución. Al saber que la casa de Bousquier convenía al señor de Troisville, rogó á su futuro que le hiciese el favor de decir que su tío ya sabía que se vendía; y no se atrevió á confiar esta aventura al cura por temor á una distracción.

La mentira prosperó mejor que si hubiese sido una acción virtuosa. Por la noche, durante la velada, todo Alençon supo la gran noticia, y durante cuatro días seguidos, la villa entera estuvo ocupada como durante los días nefastos de 1814 y 1815. Unos se reían, otros admitían el matrimonio, éstos lo vituperaban y aquéllos lo aprobaban. La clase media de Alençon se felicitó y vió en aquel enlace una conquista. Al día siguiente, estando en casa de sus amigos, el caballero de Valois dijo la siguiente frase cruel acerca del matrimonio.

—¡Los Cormón acaban como han empezado! Intendente y proveedor se dan la mano.

La noticia de la elección hecha por la señorita Cormón hirió de muerte á Atanasio; pero éste no dejó traslucir ninguna de las horribles agitaciones de que fué presa. Cuando supo el matrimonio estaba en casa del presidente Ronceret, donde su madre jugaba una partida de *boston*. La señora Gransón miró á su hijo á favor de un espejo y lo encontró pálido; pero lo estaba desde por la mañana, pues había oído hablar vagamente de este matrimonio. La señorita Cormón era una carta en la cual Atanasio se jugaba la vida, y el frío presentimiento de una catástrofe le envolvía ya. Desde el momento en que el alma y la imaginación agrandan la desgracia, ésta constituye un fardo demasiado pesado para los hombros y la cabeza; cuando falla una esperanza largo tiempo acariciada, cuya realización aplacaría el ardiente buitre que roe el corazón, y cuando el hombre no tiene fe ni en sí mismo, á pesar de sus fuerzas, ni en el porvenir, sin embargo de la potencia divina, entonces se destroza. Atanasio era un fruto de la educación imperial. La fatalidad, esa religión del Emperador, bajó del trono hasta las últimas filas del ejército y hasta los bancos del colegio. Atanasio fijó sus ojos en el juego de la señora del presidente Ronceret con un estupor que podía pasar tan bien por indiferencia, que la señora Gransón creyó haberse engañado respecto á los sentimientos de su hijo. La aparente indiferencia de Atanasio explicaba su negativa de hacer á ese matrimonio el sacrificio de sus opiniones *liberales*, palabra que acababa de ser creada por el emperador Alejandro y que procedía, creo, de la señora de Staël por Benjamín Constant. A contar desde esta fatal velada, el desgraciado joven fué á pasearse al sitio más pintoresco del Sarto, á una ribera donde los dibujantes que se han ocupado de Alençon se han colocado para tomar

vistas. Hay en ella molinos. El río alegra los prados. Las orillas del Sarto están guarnecidas de árboles elegantes por su forma y ramaje, y si el paisaje es llano, no faltan en él gracias que distinguen á la Francia, donde los ojos no se ven jamás molestados por una claridad oriental, ni entristecidos por constantes brumas. Este lugar era solitario. En provincias, nadie se fija en una vista tan bonita, ya porque estén haziados, ó bien por falta de poesía en el alma. Si existe en provincias un mallo, un plano ó un paseo desde donde se descubre una rica perspectiva, es precisamente el sitio donde nadie va. Atanasio tomó cariño á aquella soledad animada por el agua, donde los prados reverdecían al calor de las primeras sonrisas del sol de la primavera, y los que le veían sentado allí debajo de un álamo y observaban sus profundas miradas, dijeron varias veces á la señora Gransón:

—¡Algo le pasa á su hijo!

—¡Ya sé lo que hace!—respondía la madre con aire satisfecho dando á entender que estaba meditando una gran obra.

Atanasio no volvió á mezclarse más en política ni tuvo ya opiniones; pero hubo momentos en que pareció estar alegre, con esa alegría irónica propia de aquellos que insultan con ella al mundo entero. Este joven, alejado de todas las ideas y de todos los placeres de la provincia, interesaba á muy pocas personas, ni siquiera era objeto de curiosidad, y si le hablaban de él á su madre, lo hacían únicamente por ella. No hubo siquiera un alma que simpatizase con la de Atanasio, y ninguna mujer ni amigo fueron á secar sus lágrimas, las cuales pasaron á aumentar el caudal del Sarto. Si la hermosa Susana hubiera pasado por allí, ¡cuántas desgracias no hubiera evitado este encuentro y cuánto no se hubieran amado estos dos seres! Y sin embargo, ella acudió. La ambición de Susana tuvo por causa el relato de una aventura bastante extraordinaria que empezó allá por el año 1799 en la posada del Moro, relato que hizo estragos en el cerebro de la muchacha. Una joven de París, hermosa como los ángeles, había recibido de la policía el encargo de enamorar al marqués de Montauran, uno de los jefes enviados por los Borbones para mandar á los chuanes, y lo encontró precisamente en la posada del Moro al volver de su expedición de Mortagne; lo conquistó y después lo entregó al gobierno. Esta fantástica persona, este poder de la belleza sobre el hombre y, en una palabra, todo cuanto ocurrió en la cues-

tion de María de Verneuil con la de Montauran, deslumbró á Susana, la cual, desde que tuvo uso de razón, experimentó un vehemente deseo de burlarse de los hombres. Algunos meses después de su marcha, la antigua planchadora no se negó, pues, á atravesar su villa natal con un artista para ir á Bretaña, y quiso ver Fougère, lugar donde se había desarrollado la aventura del marqués de Montauran y recorrer el teatro de aquella pintoresca guerra cuyas tragedias, poco conocidas aún, habían mecido su juventud. Además deseaba pasar por Alençon metamorfoseada de modo que nadie la conociese, y contaba librar en un instante á su madre de los ataques de la miseria y enviar delicadamente á Atanasio la suma que en nuestra época es, para el genio, lo que era en la Edad media el caballo de combate y la armadura que Rebeca procura á Ivanhoe.

Pasó un mes y las más extrañas alternativas referentes al matrimonio de la señorita Cormón, y hubo un bando de incrédulos que negó el matrimonio y un partido de creyentes que lo afirmó. Al cabo de quince días el bando de los incrédulos recibió un vigoroso jaque: la casa de Bousquier fué vendida en cuarenta mil francos al señor de Troisville, el cual sólo quería adquirir una casa modesta en Alençon, toda vez que pensaba ir más tarde á París cuando la princesa Sherbellof estuviese muerta, y pensaba esperar apaciblemente su herencia ocupado en reconstituir sus tierras. Este hecho parecía positivo; pero los incrédulos no se dejaron convencer y afirmaron que casado ó no, Bousquier hacía un excelente negocio, ya que su casa no le había costado más que veintisiete mil francos. Así es que los crédulos recibieron esta perentoria objeción de los incrédulos, sin contar la de que Choisnel, notario de la señorita Cormón, no había oído aún hablar una palabra relativa al contrato. El vigésimo día, los crédulos, firmes en su fe, obtuvieron una señalada victoria sobre los incrédulos. El señor Lepre-soir, notario de los liberales, fué á casa de la señorita Cormón para presidir la firma del contrato. Este fué uno de los numerosos sacrificios que la señorita Cormón debía hacer por su marido. Bousquier sentía un odio atroz hacia Choisnel, porque se atribuía la primera negativa que había recibido de la señorita Armanda, negativa que, según él, había dictado también la de la señorita Cormón. El antiguo atleta del Directorio supo camelar tan bien á la noble soltera, la cual creía haber juz-

gadó mal la hermosa alma del proveedor, que logró que ésta sacrificase su notario al amor. Sin embargo, hemos de advertir que le dió cuenta del contrato y que Choisnel, que era hombre digno de Plutarco, defendió por escrito los intereses de la señorita Cormón. Esta sola circunstancia hizo ya retrasar un poco el matrimonio. Por aquellos días, la señorita Cormón recibió varias cartas anónimas y supo con gran asombro que Susana era tan virgen como podía serlo ella misma y que el seductor, con tupé postizo, no debía ni podía figurar nunca realmente en tales aventuras. La señorita Cormón despreció las cartas anónimas, pero escribió á Susana con objeto de instruir á la Sociedad Materna. Susana, que sin duda había sabido el futuro casamiento de Bousquier, confesó su astucia, envió mil francos á la asociación y perjudicó grandemente al antiguo proveedor. La señorita Cormón convocó á la Sociedad Materna con objeto de celebrar una sesión extraordinaria en la cual se acordó que aquélla no socorrería ya á nadie bajo pretexto de una desgracia futura. Mientras duraban estos manejos, que originaban mil chismes y cuentos en la villa, se publicaban las proclamas en las iglesias y en la alcaldía. Atanasio tuvo que preparar las actas. Como medida de pudor público y de seguridad general, la desposada se fué á Prebaudet, á donde Bousquier, provisto de atroces yuntuosos ramilletes, iba todos los días por la mañana y volvía por la noche. Por fin, según decían los incrédulos, un lluvioso y triste día del mes de junio, á eso de las doce, tuvo lugar el matrimonio entre la señorita Cormón y el señor Bousquier en la parroquia de Alençon en presencia de toda la villa. Los esposos se trasladaron de su casa á la alcaldía, y de la alcaldía á la iglesia en una magnífica calesa que Bousquier había encargado secretamente á París. La pérdida del antiguo carricoche fué para toda la villa una especie de calamidad. El guarnicionero de la puerta de Seez se lamentaba á grandes voces porque perdía los cincuenta francos de renta que aquél le proporcionaba por los arreglos, y Alençon vió con espanto que el lujo se introducía en la villa por la casa Cormón. Todo el mundo temió el encarecimiento de los artículos, el alza de los precios de los alquileres y la invasión de los mobiliarios parisienses y hubo personas que sintieron curiosidad bastante para llegar á darle cincuenta céntimos á Jacobo á fin de mirar de cerca la calesa atentatoria á la economía del país. Los dos caballos compra-

dos en Normandía causaron también grande espanto, tanto, que la sociedad de Ronceret llegó á decir:

—Si nosotros utilizamos en el servicio propio nuestros caballos, no podremos vendérselos á los que vienen á buscarlos aquí.

Aunque tonto, este razonamiento pareció profundo en lo que contribuía á impedir que el país acaparase el dinero de fuera. Para la provincia, la riqueza de las naciones consiste más bien en el estéril ahorro, que en la activa rotación del dinero.

Hemos de advertir aquí que al fin la criminal profecía de la solterona se cumplió, y Penélope sucumbió sin que nadie pudiese salvarla, víctima de la pleuresía que había cogido cuarenta días antes del matrimonio. La señora Gransón, Marieta, las señoras Coudrai y Ronceret, y toda la villa, en fin, observó que la señora Bousquier había entrado en la iglesia con el pie izquierdo, presagio tanto más terrible cuanto que la palabra *izquierda* empezaba á tener una acepción política. El sacerdote encargado de leer la fórmula, abrió por casualidad el libro por la página del *De profundis*. En una palabra, que este matrimonio fué acompañado de circunstancias tan fatales, terribles y borrascosas, que nadie auguró bien de él. Todo fué de mal en peor, y no hubo bodas, porque los recién casados se fueron á Prebaudet, y según se decía, las costumbres parisienses iban á triunfar de las costumbres provincianas. Por la noche, Alençon entero comentó todas estas pequeñeces y hubo una protesta general contra ellas por parte de aquellas personas que contaban con una de esas bodas de Camacho que se hacen siempre en provincias y que la sociedad considera como deudas. La boda de Marieta y de Jacobo se hizo alegremente, y estas dos personas fueron las únicas que contradijeron las siniestras profecías.

Bousquier quiso emplear la ganancia que había obtenido con la venta de la casa en modernizar y restaurar el palacio Cormón, y como había decidido pasar dos estaciones en Prebaudet, llevó allí á su Sponde. Esta noticia llenó de espanto á la villa, donde todo el mundo presintió que Bousquier iba á arrastrar al país por la funesta senda del *confort*. Este temor aumentó cuando los de Alençon vieron llegar un día á Bousquier de Prebaudet llevando al lado á Renato vestido con librea en un tilburi tirado por un hermoso caballo. El primer acto de su administración, había sido colocar todas las

economías de su mujer en papel del Estado, que estaba al sesenta y siete cincuenta. En el espacio de un año, durante el cual jugó constantemente al alza, se procuró una fortuna personal casi tan considerable como la de su mujer.

Pero todos estos horribles presagios y estas perturbadoras innovaciones no fueron nada comparados con un acontecimiento que se relacionaba con este matrimonio y que contribuyó á que todo el mundo lo creyera aún más funesto. La noche misma de su celebración, Atanasio y su madre hallábanse después de cenar delante de un pequeño fuego que la criada des encendía á los postres en el salón.

—Bueno; como ya estamos sin la señorita Cormón, esta noche iremos á casa del presidente Ronceret—dijo la señora Gransón.—¡Dios mío! ¡nunca podré acostumbrarme á llamarla señora de Bousquier! Este nombre me desgarró el corazón.

Atanasio miró á su madre con aire melancólico y embarazado; no podía sonreír ya, y parecía que deseaba agradecer aquel sencillo pensamiento que cuidaba su herida sin curarla.

—Mamá—dijo Atanasio empleando su acento de cuando era niño, como empleaba la palabra mamá, abandonada hacía ya muchos años,—mamá querida, no salgamos todavía; ¡esté tan bien aquí, delante del fuego!

La madre oyó sin comprender este supremo ruego de un dolor mortal.

—Bueno, hijo mío, quedémonos. Ya sabes que prefiero mil veces hablar contigo y escuchar tus proyectos, que jugar al *boston*, donde puedo perder el dinero.

—¡Qué guapa estás esta noche y cómo me gusta mirarte! Además, hoy me hallo en un estado de ánimo que armoniza con este pobre saloncito donde tanto hemos sufrido.

—Y donde sufriremos aún, mi pobre Atanasio, hasta que tus obras tengan éxito. Yo estoy acostumbrada á la miseria; ¡pero tú, tesoro mío, pasar tu juventud sumido en la tristeza y el trabajo! Este pensamiento es una enfermedad para una madre, me atormenta por la noche y me despierta por la mañana. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿qué os he hecho yo? ¿por qué crimen me castigáis?

Y esto diciendo, dejó su poltrona, tomó una sillita y se sentó al lado de Atanasio, de manera que pudiese acostar la cabeza en el pecho de su hijo. Siempre hay algo de la gracia del amor en el cariño verdadero de una madre. Atanasio besó los ojos, la frente y los cabellos blancos de su madre

procurando depositar su alma allí donde apoyaba sus labios.

—Yo nunca tendré éxito—dijo Atanasio procurando enganar á su madre acerca de la funesta resolución que ocupaba su mente.

—¡Bah! ¿vas á desanimarte ahora? Como tú dices, el pensamiento lo puede todo. ¡Con diez botellas de tinta, diez resmas de papel y una voluntad firme, Lutero perturbó á Europa! ¿Por qué no has de poder tú ilustrarla empleando para hacer el bien los mismos medios que empleó aquél para obrar el mal? ¿No has dicho tú esto muchas veces? Mira, yo te escucho y te comprendo más de lo que tú crees, porque te he llevado en mi seno, y el más insignificante de tus pensamientos resuena aún en él, como resonaban antes tus movimientos.

—Mira, mamá, yo aquí no triunfaré nunca, y no quiero procurarte el espectáculo de mis tribulaciones, de mis luchas y de mis angustias. ¡Oh! mamá querida, déjame marchar de Alençon, quiero ir á sufrir lejos de ti.

—Pues yo quiero estar siempre á tu lado—repuso orgullosamente la madre.—¡Sufrir sin tu madre, sin tu pobre madre que será criada tuya si es necesario, que se esconderá para no perjudicarte si tú lo mandas, y que ni por eso te acusaría de orgullo! ¡No, no, Atanasio, nosotros no nos separaremos nunca!

Atanasio besó y abrazó á su madre con el ardor del agonizante que abraza la vida, y exclamó:

—Y sin embargo, es necesario, porque sin esto me perdería. El doble dolor tuyo y mío me mataría, y es preferible que yo viva, ¿verdad?

La señora Gransón miró á su hijo con espanto.

—¡Conque era eso lo que meditabas! ¡Ya me lo decían! ¿Conque te vas?

—Sí.

—Bueno, pero no te marcharás sin decírmelo todo y sin advertírmelo. Además, tienes que llevar ropa y dinero. Yo tengo algunos lises cosidos á mi refajo y te los daré.

Atanasio lloró un momento, y después dijo:

—Esto era todo lo que tenía que decirte. Ahora, voy á acompañarte á casa del presidente... Vamos.

El hijo y la madre salieron. Atanasio dejó á su madre en el umbral de la puerta de la casa á donde ella iba á pasar la velada, contempló algún tiempo la luz que se esca-

paba por la rendija de las ventanas, pegó el oído á ellas y experimentó la más frenética de las alegrías cuando al cabo de un cuarto de hora oyó que su madre decía:

— ¡Gran independencia en oros!

— ¡Pobre madre! ¡cómo la he engañado!— exclamó entreminándose á la orilla del Sarto.

Cuando llegó junto al árbol debajo del cual había meditado tanto hacía cuarenta días, después de haber llevado dos grandes piedras para sentarse, contempló aquella hermosa naturaleza iluminada á la sazón por la luna, repasó en pocas horas todo su porvenir de gloria, recorrió las ciudades que se entusiasmaban con su nombre, oyó los aplausos de la multitud, respiró el incienso de las fiestas, adoró toda su vida soñada, se precipitó radiante en radiantes triunfos, se erigió su propia estatua y evocó todas sus ilusiones para decirles adiós en un último banquete olímpico. Aquella magia había sido posible durante un momento, pero luego se desvaneció para siempre, y en aquel momento supremo se abrazó á su hermoso árbol, al que se había adherido como un amigo y después colocó las dos piedras en cada uno de los bolsillos de su levita y la abrochó. Había salido adrede sin sombrero, fué á reconocer un lugar profundo del río que había escogido hacía ya tiempo y se precipitó en resueltamente, procurando no hacer ruido.

Cuando á eso de las nueve y media volvió la señora Gransón á su casa, su criada no le habló de Atanasio, pero le entregó en cambio una carta. La señora Gransón la abrió y leyó estas pocas palabras: «Mamá querida. Me ha ido, no te enojos conmigo.»

— ¡Vaya una gracia!— exclamó ella.— ¡Y ropa? ¡y dinero! En fin, ya me escribirá, y entonces iré á buscarle. Esos pobres muchachos creen saber siempre más que sus padres. Y dicho esto, se acostó muy tranquila.

El Sarto había tenido la mañana precedente una crecida prevista por los pescadores, y estas crecidas de agua turbia llevan siempre anguilas arrastradas de sus pozos. Ahora bien, un pescador había tendido sus redes en el lugar donde se había arrojado el pobre Atanasio creyendo que no lo encontrarían nunca, y á eso de las seis de la mañana el pescador sacó el cuerpo del joven ahogado. Los doctores ó tres amigos que tenía la pobre viuda tomaron mil precauciones para prepararla á recibir la horrible nueva de

aquel suicidio, que, como es natural, tuvo gran resonancia en Alençon. El pobre hombre de genio que no tenía la vispera de su muerte ningún protector, los tuvo al día siguiente por miles, pues mil voces exclamaron:

— ¡Si lo hubiera sabido, ya le habría ayudado yo!

— ¡Es tan cómodo sentar plaza de caritativo gratis! Este suicidio fué explicado por el caballero de Valois. Llevado de un espíritu de venganza, el hidalgo contó el sencillo, sincero y hermoso amor de Atanasio por la señorita Cormon. La señora Gransón, instruída por el caballero, recordó mil pequeñas circunstancias y confirmó los relatos del señor de Valois, y esta historia se hizo tan conmovedora, que muchas mujeres lloraron. La señora Gransón tuvo un dolor concentrado y mudo que fué poco comprendido. Para las madres existen generalmente dos géneros de dolor. Muchas veces el mundo conoce el secreto de su pérdida; su hijo apreciado, admirado, joven, guapo, con porvenir futuro ó presente, excita universal sentimiento, y el mundo se asocia al dolor de la madre, agrandándolo. Pero hay también el dolor de las madres que son las únicas en saber lo que valía su hijo, que son las únicas que han recibido sus sonrisas y que son las únicas que han observado los tesoros que encerraba aquella vida cortada prematuramente, y este dolor oculta su crespón, cuyo color hace palidecer el de los demás lutos; este dolor no se describe, y afortunadamente existen pocas mujeres que lo hayan experimentado y que sepan el estado en que deja el corazón.

Antes de que la señora Bousquier volviese á la villa, el presidente Ronceret, que era un buen amigo suyo, había ido ya á amargar con tan terrible relato su luna de miel. Cuando la señora Bousquier volvió á Alençon, encontró por casualidad á la señora Gransón en la calle de Val-Noble, y la mirada de la madre que se moría de pena le llegó alma, pareciéndole que le enviaba mil maldiciones en una sola. La recién casada sintió, repetimos, una gran emoción, y creyó ver que aquella mirada le predecía y le deseaba la desgracia.

La noche misma de la catástrofe, la señora Gransón, que era una de las personas más contrarias al cura de la villa y más entusiastas del capellán de San Leonardo, temió al pensar en la inflexibilidad de las doctrinas católicas profesadas por su propio partido, y después de haber amor-

tajado á su hijo pensando en la madre del Salvador, trasladó con el alma agitada por horrible angustia á la casa del juramentado. Al llegar, encontró al modesto sacerdote ocupado en almacenar el cáñamo y el lino que él solía dar á hilar á todas las mujeres y muchachas pobres de la villa, á fin de que las obreras no careciesen de trabajo; caridad bien entendida que salvó de mendigar á más de una familia. El cura dejó el lino y el cáñamo y se apresuró á conducir á la señora Gransón á su sala, donde la desolada madre reconoció por la cena del cura la frugalidad de sus costumbres.

—Señor cura—dijo la anciana,—vengo á suplicarle...

Y rompió en amargo llanto sin poder continuar.

—Ya sé lo que la trae á usted—respondió el santo varón—pero yo confío en usted y en su parienta la señora de Bousquier, para apaciguar á monseñor en Seez. Si, yo rogando por su desgraciado hijo; si, yo diré misas; pero evitemos todo escándalo y no demos lugar á que los malvados de la villa se reúnan en la iglesia... Yo solo, sin clero, de noche.

—¡Sí, sí, como usted quiera, con tal que sea en tiempo santa!—dijo la pobre madre tomando una mano del sacerdote y besándola.

Así, pues, á eso de las doce de la noche un ataúd fue llevado clandestinamente á la parroquia por los cuatro amigos más íntimos de Atanasio, acompañados de algunas amigas de la señora Gransón vestidas de negro y de siete ú ocho jóvenes más que habían recibido algunas conferencias de aquel talento expirado. Cuatro antorchas iluminaban el ataúd cubierto con un crespón, y el cura, ayudado por un discreto monaguillo, dijo una misa mortuoria. Después el suicida fué conducido sin ruido á un rincón del cementerio donde una cruz negra de madera y sin inscripción se levantó hoy para indicar su puesto á la madre. Atanasio vivió murió en las tinieblas, ninguna voz acusó al cura y el obispo guardó silencio, pues la piedad de la madre cubrió la impiedad del hijo.

Algunos meses después, una tarde la pobre mujer, transida de dolor y movida por esa inexplicable sed que sienten los desgraciados de sumergir de lleno los labios en su amargo cáliz, quiso ir á ver el lugar en que su hijo se había ahogado. Su instinto le decía que debajo de aquel álamo podría encontrar tal vez recoger pensamientos suyos, ó sin duda deseaba

lo que su hijo había visto por última vez. Hay madres que morirían con este espectáculo, pero hay otras que se entregan durante él á una santa adoración. Los pacientes anatomistas de la naturaleza humana no podrían repetir demasiado ciertas verdades, contra las que deben estrellarse las educaciones, las leyes y los sistemas filosóficos. No nos cansamos de repetirlo: es absurdo querer reducir los sentimientos á fórmulas idénticas, porque al producirse en cada hombre, se combinan con los elementos que le son propios y toman un carácter propio.

La señora Gransón vió llegar de lejos á una mujer que exclamó en el lugar fatal:

—¡De modo que ha sido aquí!

Una sola persona lloró allí como lloraba la madre, y esta persona era Susana, la cual, habiendo llegado por la mañana á la posada del Moro, había sabido la catástrofe. Si el pobre Atanasio hubiese vivido, Susana hubiera podido hacer lo que constituye á veces un sueño para las personas nobles y sin dinero y lo que no se les ocurre nunca á los neos, le hubiese enviado algunos miles de francos en un sobre que dijese:

«Dinero debido á su padre por un compañero que tiene el gusto de devolvérselo á usted.»

Esta astucia angelical había sido inventada por Susana por el camino.

La entretenida vió á la señora Gransón y se alejó de ella precipitadamente después de decirle: *¡Yo le amaba!*

Susana, fiel á su naturaleza, no se fué de Alençon sin cambiar en flores de nenúfar las flores de azahar que coronaban á la recién casada, declarando primero que nadie que la señora Bousquier no sería nunca más que la señorita Cormón.

Con este dicho la antigua planchadora vengó á Atanasio y al caballero de Valois. Alençon fué testigo de un suicidio lento mucho más lamentado, ya que Atanasio no tardó en ser olvidado por la sociedad, que quiere y debe olvidar pronto á los muertos. El pobre caballero de Valois murió en vida y se estuvo suicidando todas las mañanas durante catorce años. Tres meses después del matrimonio de Bousquier, la gente notó con asombro que la ropa blanca del caballero enrojecía y que sus cabellos estaban irregularmente peinados. Despeluzado, el caballero de Valois no existía ya! Algunos dientes de marfil desertaron sin que los observadores del corazón humano pudiesen descubrir á qué cuerpo habían per-

tenecido, si eran de legión extranjera ó indígenas, vegetales ó animales, si la edad se los arrancaba al caballero ó habían sido olvidados en el cajón de su lavabo. ¡La corbata se arrolló sobre sí misma indiferente á la elegancia! Los pendientes en forma de cabeza de negro palidieron y se pusieron graciosos. Las arrugas de la cara aumentaron y se ennegrecieron, y la piel se apergamínó. Sus incultas uñas se pusieron de luto. El chaleco apareció surcado por polvos de rapé olvidados que arraigaron en él como hoja de otoño. El algodón de los oídos fué renovado de tarde en tarde. La tristeza tomó su asiento en aquella frente y comunicó sus tintes amarillos al fondo de las arrugas. Finalmente, los estragos tan sabiamente reprimidos, agrietaron aquel hermoso edificio y demostraron el gran poder que ejerce el alma sobre el cuerpo, pues el hombre sabio, el caballero, el peripuesto joven de antaño, murió cuando murió la esperanza. Hasta entonces, la nariz del caballero había tenido cierto aspecto gracioso, y jamás había caído de ella ni pastilla negra ó húmeda, ni gota de ámbar; pero después, embadurnada por el tabaco con que llenaba sus fosas y destrozada por el polvo que se depositaba en el canal situado en medio del labio superior, aquella nariz que no se preocupaba ya del bien parecer, reveló los enormes cuidados que el caballero se había tomado antes de su persona é hizo comprender la grandeza y la persistencia de los deseos del caballero acerca de la señorita Cormón. El caballero fué además aplastado por un equívoco de Coudrai, cuya destitución logró, por otra parte, siendo esta la única vez que el benigno noble persiguió una venganza; pero este equívoco era asesino y estaba cien codos por encima de todos los equívocos del registrador de hipotecas. Al ver aquella revolución nasal, el señor de Coudrai lo había apodado al caballero Nerestán. Por fin, á las anécdotas les pasó lo que á los dientes, y los dichos graciosos fueron muy raros. Pero el apetito se le sostuvo, siendo el estómago lo único que salvó el hidalgo de aquel naufragio de todas sus esperanzas, ya que si tomó de tarde en tarde rapé, comió en cambio siempre vorazmente. Comprenderéis bien el desastre que supuso aquella boda para el caballero de Valois, cuando sepáis que conferenciaba con mucha menos frecuencia con la princesa Goritz y que un día se presentó en casa de la señorita Armanda con una pantorrilla postiza delante de la tibia. En fin, os juro que aquella bancarrota de las gracia-

fué horrible y que impresionó á todo Alençon. Aquel casi joven convertido en anciano; aquel personaje que bajo la impresión de su ánimo pasaba de los cincuenta años á los noventa, asustó á la sociedad. Además, descubrió su secreto y confesó que había esperado y acechado á la señorita Cormón, y que, cual cazador paciente, había apuntado durante diez años y había errado el tiro. La república impotente vencia á la valiente aristocracia en plena restauración. La forma triunfaba del fondo, el espíritu era vencido por la materia, y la diplomacia por la insurrección. Como desgracia final, una aprendiz ofendida reveló el secreto de las mañanas del caballero y le hizo pasar por un libertino. Los liberales le achacaron los hijos naturales de Bousquier, y el barrio aristocrático de Alençon los aceptó riéndose y con orgullo, compadeció al caballero, lo tomó en su regazo, reanimó sus sonrisas y acabó por decir:

—¿Qué querían ustedes que hiciese ese buen caballero?

Un odio horrible se cernió sobre la cabeza de Bousquier, y once personas se pasaron á los Esgrignon y dejaron el salón Cormón. Este matrimonio dió por resultado, sobre todo, el dibujar perfectamente los partidos de Alençon. La casa Esgrignon representó á la elevada aristocracia, en unión de los Troisville. Bajo la hábil influencia de Bousquier, la casa Cormón representó aquella fatal opinión que, sin ser verdaderamente liberal ni resueltamente realista, dió á luz los 221, naciendo así la lucha entre el poder más augusto, más grande, el único poder verdadero, la *Realeza*, y el poder más falso, más vacilante y más opresor, el poder llamado *Parlamentario*, que es ejercido por asambleas electorales. El salón Ronceret, aliado secretamente al salón Cormón, se hizo atrevidamente liberal.

Al volver de Prebaudet, el abate Sponde tuvo continuos disgustos que procuró ocultar delante de su sobrina, pero que confesó á la señorita Armanda, diciéndole que, locura por locura, hubiera preferido que su sobrina se hubiera casado con el caballero de Valois que no con el señor de Bousquier, toda vez que el buen caballero no había tenido nunca el mal gusto de contrariar á un pobre anciano cuyos días estaban contados. Bousquier lo había desbaratado todo en su casa y el abate exclamó derramando abundantes lágrimas:

—Señorita, ¡ya no tengo el cubierto por el que me pa-

seaba hace cincuenta años! ¡Mis tilos han sido cortados, y á la hora presente la República se me aparece aún bajo la forma de un horrible transtorno en mi domicilio!

—Hay que perdonar á su sobrina—dijo el caballero de Valois.—Las ideas republicanas son el primer error de la juventud que busca la libertad, pero que encuentra el despotismo más horrible, el de la canalla impotente. Su pobre sobrina no ha sido castigada por donde ha pecado.

—¿Qué va á ser de mí en una casa cuyas paredes están llenas de pinturas representando mujeres desnudas bailando? ¿Dónde están los tilos á cuya sombra leía mi devocionario?

Al igual que Kant, que no podía enlazar sus pensamientos cuando le derribaban el abeto que tenía la costumbre de contemplar durante sus meditaciones, el buen cura no pudo emplear el mismo entusiasmo en sus oraciones andando por un lugar sin sombra. ¡Bousquier había hecho construir un jardín inglés!

—Antes estaba mejor; pero el abate Couturier me ha autorizado para consentir muchas cosas á fin de agradar á mi marido—decía la señora Bousquier sin pensarlo.

Aquella restauración quitó todo el lustre, carácter y aspecto patriarcal á la antigua casa. Semejante al caballero de Valois, cuya memoria podía ser considerada como una abdicación, la majestad burguesa del salón de los Cormón no existió ya cuando fué pintado de blanco y oro, tendido de seda azul y amueblado con otomanas de caoba. El comedor, adornado á la moderna, parecía quitar el gusto á los platos, y ya no se comía allí tan bien como antes. El señor de Coudrai afirmó que sentía que los equívocos se le quedaban en la garganta al ver que los dibujos hechos en las paredes le miraban con los ojos en blanco. En el exterior, aun se veían huellas provincianas; pero el interior revelaba al proveedor del Directorio, toda vez que encerraba todo el mal gusto del agente de cambio: columnas de estuco, puertas con espejo, perfiles griegos, molduras secas y todos los estilos mezclados, formando una magnificencia extraña. La villa de Alençon comentó por espacio de quince días este lujo que pareció inaudito, y algunos meses después se mostró orgullosa de él, tanto, que algunos fabricantes ricos renovaron su mobiliario y se procuraron hermosos salones. Los muebles modernos comenzaron á aparecer en la villa. El abate Sponde fué uno de los primeros en comprender las secretas desgracias que

aquel matrimonio tenía que acarrear á su muy amada sobrina. El carácter de noble sencillez que regía su común existencia lo perdió durante el primer invierno, en que el señor Bousquier dió dos bailes al mes. Oír los violines y la profana música de fiestas mundanas en aquella santa casa y empezar el cura á rezar de rodillas mientras duraba aquella algazara, todo era uno. Además, el sistema político de aquel grave salón fué pervirtiéndose lentamente. El señor Sponde adivinó á Bousquier, tembló al oír su imperioso tono y vió que algunas lágrimas corrían por los ojos de su sobrina cuando ésta perdió el gobierno de su fortuna y cuando se apercibió de que su marido le dejaba únicamente la administración de la ropa, de los artículos de primera necesidad y de las cosas que corren de cuenta de las mujeres. Rosa no tuvo ya que dar más órdenes, y la voluntad del señor solo era escuchada por Jacobo, que se había convertido en cochero exclusivamente; por Renato, el *groom* y por un jefe llegado de París, pues Marieta quedó reducida únicamente á ayudanta de cocina. La señorita Bousquier sólo tuvo á su servicio á Josefa. ¿Quién no concibe el trabajo que cuesta renunciar á las deliciosas costumbres del poder? Si el triunfo de la voluntad es uno de los triunfos más embriagadores de la vida de los grandes hombres, constituye en cambio toda la vida de los seres de cortos alcances. Es preciso haber sido ministro y desgraciado para comprender el inmenso dolor que tuvo la señora de Bousquier al quedar reducida al ilotismo más completo. Muchas veces paseaba en coche contra su gusto, veía á gentes que no le eran simpáticas y no contaba ya con el manejo de su querido dinero, ella que había estado en libertad de gastar lo que quería y que no gastaba entonces nada. Todo límite impuesto, ¿no inspira el deseo de ir más allá? ¿No provienen los sentimientos más vivos del libre arbitrio contrariado? Estos principios fueron rosas, pues cada concesión hecha á la autoridad marital fué entonces aconsejada por el amor que la pobre Rosa sentía por su esposo. En un principio, Bousquier se portó admirablemente con su mujer, y le fué dando las razones valederas de cada nueva incumbencia. Aquel cuarto, que había estado tanto tiempo desierto, oyó por la noche la voz de los dos esposos en el rincón del fuego; así es que durante los dos primeros años de matrimonio la señora Bousquier se mostró muy satisfecha, y tuvo ese airecillo resuelto y astuto

que distingue á todas las jóvenes después de un matrimonio de amor. La sangre no le atormentaba ya. Este continente extravió á los burlones, desmintió los rumores que corrían acerca de Bousquier y desconcertó á los observadores del corazón humano. Rosa María Victoria temía tanto perder el cariño de su esposo y verse privada de su compañía desagradándole y contrariándole, que se lo hubiese sacrificado todo, hasta su tío. La sencilla alegría de la señora de Bousquier engañó al pobre abate Sponde, que soportó mejor sus sufrimientos personales, pensando que su sobrina era feliz. Al principio Alençon pensó como el abate; ¡pero había un hombre más difícil de engañar que toda la villa! El caballero de Valois, refugiado en el monte sagrado de la aristocracia, pasaba su vida en casa de los Esgrignon, escuchaba las maledicencias y charlas, y pensaba día y noche en no morir sin vengarse. Había abatido al hombre de los equívocos y quería herir de muerte á Bousquier. El pobre abate comprendió las bajezas del primero y único amor de su sobrina y se estremeció al adivinar la naturaleza hipócrita y los pérfidos manejos de su sobrino. Aunque Bousquier se comprimiese pensando en la herencia de su tío y no quisiera causarle ningún pesar, le dió un último golpe que lo llevó á la tumba. Si queréis tomar la palabra *intolerancia* por la de *firmeza de principios*; si no queréis condenar en el alma católica del anciano gran vicario el estoicismo que Walter Scott os hace admirar en el alma puritana del padre de Juana Deáns; si queréis reconocer en la Iglesia romana el *potius mori quam fedari* que admiráis en la opinión republicana, comprenderéis el dolor de que fué presa el gran abate Sponde cuando vió en el salón de su sobrino al cura apóstata, renegado, relapso y herético, al enemigo de la Iglesia, al autor del juramento constitucional. Bousquier, cuya secreta ambición era regentar el país, quiso, como primera prueba de su poder, reconciliar al capellán de San Leonardo con el cura de la parroquia, y consiguió su objeto. La señora Bousquier creyó ejecutar una obra de paz allí donde, según el inmutable abate, había una traición. El señor Sponde se vió solo en su fe. El obispo se fué á casa de Bousquier y pareció satisfecho de la cesación de las hostilidades. Las virtudes del abate Francisco lo vencieron todo, excepto al romano católico, capaz de exclamar con Corneille:

¡Dios mio, cuántas virtudes me hacéis odiar!

El abate murió cuando expiró la ortodoxia en la diócesis.

En 1819, la herencia del abate Sponde hizo ascender á veinticinco mil francos las rentas territoriales de la señora Bousquier, sin contar Preboudet ni la casa del Val-Noble. Por esta época fué cuando Bousquier devolvió á su mujer el capital de las economías que ella le había prestado é hizo que lo emplease en la adquisición de los bienes contiguos á Preboudet, haciendo así este dominio uno de los más considerables del departamento, pues las tierras pertenecientes al abate Sponde lindaban con las de Preboudet. Nadie conocía la fortuna personal de Bousquier, el cual tenía colocados sus capitales en la casa Keller, de París, adonde iba cuatro veces al año; pero lo cierto es que en esta época tenía fama de ser el hombre más rico del departamento del Orne. Este hombre hábil, eterno candidato de los liberales, que salió derrotado siempre por siete ú ocho votos en todas las batallas electorales que libró cuando la Restauración, y que ostensiblemente repudiaba á los liberales queriendo hacerse elegir como realista ministerial, sin que hubiese logrado nunca vencer las repugnancias del gobierno, no obstante el apoyo de la Iglesia y de la magistratura; este republicano odioso, lleno de ambición, concibió luchar con el realismo y la aristocracia de aquel país en el momento en que éstos triunfaban. Bousquier obtuvo el apoyo del sacerdocio mediante las engañosas apariencias de una piedad bien fingida: acompañó á su mujer á misa, dió dinero para los conventos de la villa, sostuvo la congregación del Sagrado Corazón y se pronunció en favor del clero siempre que éste pleiteó con la villa, con el departamento ó con el Estado. Permaneciendo realista constitucional, sostenido constantemente por los liberales y protegido por la Iglesia, atacó sin cesar á la aristocracia del departamento para arruinarla, y la arruinó. Atento á las faltas cometidas por las eminencias nobiliarias y por el gobierno, realizó, mediante la ayuda de la burguesía, todas las mejoras que la nobleza, la dignidad de par y el gobierno debían inspirar y dirigir, las cuales abortaban siempre, á causa de esa estúpida envidia que reina entre los poderes de Francia. La opinión constitucional salió airosa en el asunto del cura, en la erección del teatro, y en todas las cuestiones de engrandecimiento presentadas por Bousquier, el cual hacía que las propusiese el partido liberal y luego las defendía en

todas las discusiones pretextando el bien del país. Bousquier hizo próspera la industria del departamento, aceleró la prosperidad de la provincia, que odiaba á las familias que vivían en la carretera de Bretaña, y preparó de este modo su venganza contra los nobles y sobre todo contra los Esgrignon, en cuyo seno estuvo á punto un día de hundir un puñal envenenado. Dió fondos para fomentar las manufacturas de punto de Alençon, reanimó el comercio de telas y la villa tuvo una filatura. Inscribiéndose de este modo en todos los intereses y en el corazón de las masas, haciendo lo que el realismo no hacía, Bousquier no exponía un céntimo. Sostenido por su fortuna, podía esperar las realizaciones que las gentes emprendedoras, pero faltas de recursos, se ven frecuentemente forzadas á abandonar á felices sucesores. Se constituyó en banquero, y este Laffitte en pequeño comanditaba todos los inventos nuevos procurando asegurarse, hacía su agosto procurando el bien público, era el motor de los seguros y el protector de las nuevas empresas de coches públicos y sugería las peticiones para poder pedir él al gobierno los caminos y los puentes necesarios. Las luchas se empeñaban de esta suerte, de modo que el bien del país exigía que el prefecto cediese. Bousquier procuró también malquistar á la nobleza de la provincia con la nobleza de la corte y la dignidad de par. Finalmente, preparó la espantosa adhesión de una gran parte del realismo constitucional á la lucha que sostuvieron el *Diario de los Debates* y Chateaubriand contra el trono, ingrata oposición variada en intereses innobles y que fué una de las causas del triunfo de la burguesía y del periodismo en 1830. De esta suerte, Bousquier, como las gentes á quienes representaba, tuvo la dicha de ver pasar el ataúd de la realeza sin que se despertase por él ninguna simpatía en la provincia, la cual estaba muy desengañada por las mil causas que se han enumerado aquí incompletamente. El antiguo republicano, cargado de miras y que había representado la comedia durante quince años, á fin de satisfacer su *vendetta*, arrió en persona la bandera blanca de la alcaldía ante los aplausos del pueblo. Ningún hombre en Francia dirigió al nuevo trono levantado en agosto de 1830 una mirada más llena de venganza. Para él, el advenimiento al trono de la rama menor era el triunfo de la Revolución. Para él, el triunfo de la bandera tricolor era la resurrección de la Montagne, la cual esta vez iba á abatir á la nobleza

con procedimientos más seguros que los de la guillotina, toda vez que su acción sería menos violenta. La dignidad sin sucesión, la guardia nacional que mide por el mismo rasero al tendero que al marqués, la abolición del mayorazgo reclamada por un abogado plebeyo, la Iglesia católica privada de su supremacía, todas las invenciones legislativas de agosto de 1830 fueron para Bousquier la más hábil aplicación de los principios de 1793. Desde 1830, este hombre es recaudador general, y para prosperar confía en sus relaciones con el duque de Orleans, padre del rey Luis Felipe, y con el señor de Folmón, antiguo intendente de la duquesa viuda de Orleans. Le suponen ochenta mil francos de renta, y á los ojos del país el *señor* Bousquier es un hombre de bien; respetable, invariable en sus principios, íntegro y servicial, y el pueblo de Alençon le debe su asociación al movimiento industrial, que constituye el primer eslabón con que Bretaña se unirá tal vez un día á lo que se llama la civilización moderna. Alençon, que sólo contaba en 1816 con dos coches propios, vió en diez años rodar por sus calles calesas, cupés, landós, cabriolés y tilburis sin asombrarse. Los vecinos y los propietarios, asustados al principio al ver que aumentaba el precio de las cosas, reconocieron más tarde que este aumento tenía un contrapeso financiero en sus rentas. La frase profética del presidente Ronceret: *Bousquier es un hombre muy fuerte*, fué aceptada por el país; pero desgraciadamente para su mujer, esta palabra es un horrible contrasentido. El marido no se parece en nada al hombre público y político. Este gran ciudadano tan liberal, tan buen hombre y tan lleno de amor por su país, es déspota en su casa y no siente el más mínimo amor conyugal. Este hombre tan profundamente astuto, hipócrita y malicioso, este Cropwell del Val-Noble, obra en su casa como obra con la aristocracia, á la que acariciaba para ahorcarla. Como su amigo Bernadotte, cubrió con un guante de terciopelo su mano de hierro. Su mujer no le dió hijos, y de esta suerte quedaron justificados los dichos de Susana y las insinuaciones del caballero de Valois. Pero el vecindario liberal, el realista constitucional, la magistratura y el partido clerical, como decía el *Constitucional*, achacaron la culpa á la señora Bousquier. ¡Se había casado tan vieja! decían. Por otra parte, lo consideraban una dicha para aquella mujer, toda vez que á su edad era muy peligroso tener hijos. Si la señora Bous-

quier confiaba, llorando, sus penas periódicas á las señoras Coudrai y Ronceret, estas damas le decían:

—Pero ¿está usted loca, querida mía? ¿Sabe usted lo que pide? Un hijo ahora sería su muerte.

Además, muchos hombres que como el señor Coudrai cifraban sus esperanzas en el señor Bousquier, hacían que sus mujeres le alabasen, y la solterona se veía frecuentemente asesinada por estas frases crueles:

—¡Qué feliz es usted, querida mía, habiéndose casado con un hombre de talento, porque así se evita usted las penas de las mujeres que están casadas con hombres sin energía é incapaces de administrar su fortuna y educar á sus hijos!

—Hermosa mía, es usted la reina del país, ¡y ese sí que no le creará ningún apuro, porque él solo dirige á todo Alençon!

—Pero—decía la pobre mujer—yo quisiera que se ocupase menos del público y que...

—¡Ah! querida señora Bousquier, es usted muy difícil de contentar, porque todas las mujeres le envidian el marido que tiene.

Mal juzgada por el mundo, que empezó por darle la culpa, la cristiana encontró un medio de desplegar interiormente sus virtudes viviendo en la mayor tristeza y mostrando siempre al mundo una cara plácida. Para un alma pecadora, ¿no era un crimen este pensamiento, que la hería constantemente el corazón: yo amaba al caballero de Valois y soy la mujer de Bousquier? El amor de Atanasio se erguía también en forma de remordimiento y la perseguía durante el sueño. La muerte de su tío, cuyas penas había acabado por conocer, terminó por hacerle más doloroso su porvenir, pues pensó siempre en los sufrimientos que su tío debió experimentar al ver el cambio de las doctrinas políticas y religiosas de la casa Cormón. Muchas veces la desgracia hiera con la rapidez del rayo, como le ocurría á la señora Gransón; pero en ésta se extendió como la gota de aceite, que no cesa de aumentar hasta que no ha empapado el tejido cuanto puede.

El caballero de Valois fué el malicioso artista del infortunio de la señora Bousquier. Había tomado á pecho el desmentir su público desengaño, toda vez que el caballero, tan experto en amor, adivinó á Bousquier casado, como había adivinado á Bousquier soltero; pero el profundo republicano

era difícil de sorprender, y como era natural, su salón estaba cerrado para el caballero de Valois, como lo estaba para todos aquellos que habían renegado de la casa Cormón durante los primeros días de su matrimonio. Además, Bousquier era superior al ridículo: tenía una inmensa fortuna, reinaba en Alençon y se cuidaba de su mujer como se había cuidado Ricardo III al ver reventado el caballo con cuya ayuda había ganado la batalla. Para agradar á su marido, la señora Bousquier había roto con la casa Esgrignon, á donde no iba ya; pero cuando su marido la dejaba sola durante sus viajes á Paris, Rosa hacía alguna que otra visita á la señorita Armada. Ahora bien, dos años después de su muerte, precisamente á la muerte del abate Sponde, la señorita Armada abordó á la señora Bousquier al salir de San Leonardo, después de haber oído una misa dicha por el alma del anciano abate. La generosa muchacha creyó que en tal circunstancia estaba obligada á consolar á la heredera, y por lo tanto se fueron juntas hablando desde San Leonardo al Cours, y de éste llegaron al palacio prohibido, á donde la señorita Armada arrastró con el encanto de su conversación á la señora Bousquier. La desolada mujer experimentó sin duda una gran satisfacción en hablar de su tío con una persona á quien él había querido tanto; quiso recibir los saludos del anciano marqués, que no la veía hacía ya tres años, y como era la una y media, encontró allí al caballero de Valois, que había ido para comer y que le cogió de las manos saludándola, y le dijo con voz conmovida:

—Buena, virtuosa y querida señora, hemos perdido á nuestro santo amigo; nos hemos asociado á su duelo, y su pérdida ha sido tan vivamente sentida aquí como en su casa... ó mejor—añadió haciendo alusión á Bousquier.

Después de algunas palabras relativas al difunto, el caballero ofreció galantemente el brazo á la señora Bousquier, la apretó adorablemente contra su pecho, la llevó al alféizar de una ventana y le dijo con voz fraternal:

—¿Es usted feliz al menos?

—Sí—dijo ella bajando los ojos.

Al oír este *sí*, la señora de Troisville, hija de la princesa Sherbellof, y la anciana marquesa de Casterán fueron á unirse al caballero acompañadas de la señorita Armada, y todos juntos se encaminaron al jardín para esperar allí la hora de la comida paseando, sin que la señora Bousquier, atontada

por el dolor, se hubiese apercibido de que las damas y el caballero la rodeaban llevados de su curiosidad y de que la frase «*¡Ya la tenemos! Descubramos el enigma*» estaba escrita en todas las miradas.

—Para que su dicha fuese completa—dijo la señorita Armada—sólo necesitaba usted tener hijos, un muchachote como mi sobrino...

Al oír esto, una lágrima brotó de los ojos de la señora Bousquier.

—Yo he oído decir que usted era la única culpable en este asunto, por temor al embarazo—dijo el caballero.

—¿Yo? ¡yo, que compraría un hijo por cien años de infierno?—dijo Rosa con sencillez.

Planteadas la cuestión de este modo, se promovió una discusión que fué dirigida con excesiva delicadeza por la señora vizcondesa de Troisville y por la anciana marquesa de Casterán, las cuales engañaron con tanta astucia á la pobre mujer, que ésta descubrió sin quererlo los secretos de la alcoba. La señorita Armada había tomado el brazo del caballero y habíase alejado, á fin de que las tres mujeres pudiesen hablar del matrimonio. La señora Bousquier acabó de comprender entonces las decepciones de su matrimonio, y como seguía siendo una *boba inocentona*, divirtió á sus confidentes con deliciosas candideces. Aunque el engañoso matrimonio de la señorita Cormón fuese desde el primer momento objeto de risa para toda la villa, la señora Bousquier se ganó, sin embargo, la estimación y la simpatía de todas las mujeres. Mientras que la señorita Cormón había huído del matrimonio, todo el mundo se burlaba de ella; pero cuando cada cual supo la situación excepcional en que la colocaba la severidad de sus principios religiosos, todo el mundo la admiró. *Esa pobre señora Bousquier* reemplazó á *esa pobre señorita Cormón*. De esta suerte, el caballero logró hacer odioso y ridículo por algún tiempo á Bousquier; pero el ridículo acabó por debilitarse, y cuando todo el mundo lo hubo comentado con alguna frase, la maledicencia se cansó. Además, á los cincuenta y siete años, había mucha gente que creía que el mudo republicano parecía tener derecho al retiro. Esta circunstancia envenenó hasta tal punto el odio que Bousquier tenía á la casa Esgrignon, que le hizo implacable el día de la venganza. La señora Bousquier recibió orden de no poner nunca más los pies

en aquella casa, y como represalia de la jugada que el caballero de Valois le había hecho á Bousquier, éste, que acababa de crear el *Correo del Orne*, hizo insertar en él el siguiente anuncio:

«Será entregada una inscripción de mil francos de renta á la persona que pueda demostrar la existencia de un tal señor de Pombretón antes, durante ó después de la emigración.»

Aunque su matrimonio fuese esencialmente negativo, la señora Bousquier vió en él algunas ventajas. ¿No valía más interesarse por el hombre más notable de la villa que vivir sola? Bousquier era preferible á los perros, gatos y canarios que adoran los solterones, y sentía por su mujer un cariño más real y menos interesado que el de los criados, confesores y captadores de herencias. Más tarde, Rosa vió en su marido un instrumento de la cólera del cielo, pues reconoció innumerables pecados en sus deseos de matrimonio y se consideró justamente castigada por las desgracias que había causado á la señora Gransón con la muerte de su hijo. Obedeciendo á esa religión que ordena que se besen las disciplinas con que se recibe el correctivo, la señora Bousquier alababa á su marido y aprobaba sus actos públicamente; pero en el confesonario ó por la noche, en medio de sus oraciones, lloraba frecuentemente pidiendo á Dios perdón por las apostasías de su marido, que pensaba lo contrario de lo que decía y que deseaba la muerte de la nobleza y de la Iglesia, las dos religiones de la casa Cormón. Al ver todos sus sentimientos heridos é inmolados, pero obligada por el deber á favorecer á su esposo y á no dañarle en nada, y unida á él por un indefinible afecto que sin duda fué engendrado por el hábito, su vida era un contrasentido perpetuo. Se había casado con un hombre cuya conducta y opiniones le eran odiosas, pero al que tenía que tratar con obligada ternura. Muchas veces, Rosa experimentaba una gran alegría cuando Bousquier comía sus confituras y cuando encontraba buena la comida. La pobre Rosa velaba hasta tal punto porque todos los deseos de su marido fuesen satisfechos, que cuando éste dejaba la faja de su periódico encima de la mesa, en lugar de quitarla, la señora decía:—Renato, no la toque, porque tal

vez lo haya dejado con intención.—Si Bousquier iba de viaje, su mujer se preocupaba por la manta y por la ropa, tomaba las más minuciosas precauciones para su dicha material, y, si pensaba ir á Prebaudet, su cara mitad consultaba el barómetro desde la víspera para saber si haría buen tiempo, y copiaba sus caprichos en sus miradas, á la manera del perro que durmiendo y todo ve y oye á su amo. Si el enorme Bousquier, vencido por este amor ordenado, la cogía por el talle, la besaba en la frente y le decía: «Eres una buena mujer», lágrimas de placer brotaban de los ojos de la pobre criatura. Es muy probable que Bousquier se creyese obligado á ciertos halagos que le procuraban el respeto de Rosa, pues la virtud católica no ordena un disimulo tan completo como lo fué el de la señora Bousquier. Había ocasiones en que la santa mujer permanecía muda oyendo las palabras que pronunciaban en su casa las gentes odiosas que se ocultaban bajo las opiniones realistas constitucionales; temblaba al prever la pérdida de la Iglesia, y si se arriesgaba á pronunciar alguna palabra estúpida ó una observación, Bousquier le hacía enmudecer con una mirada. Las contrariedades de tal existencia acabaron por alelar á la señora Bousquier, la cual juzgó más sencillo y más digno concentrar su inteligencia sin decir nunca nada, resignarse á hacer una vida maternal, practicar una sumisión de esclava y considerar como obra meritoria el hecho de aceptar el rebajamiento á que la tenía sometida su marido. El cumplimiento de las voluntades maritales no le arrancó nunca el menor murmullo. Aquella tímida oveja marchó desde entonces por la senda que le trazó el pastor, no dejó nunca el regazo de la Iglesia, se entregó á las prácticas religiosas más severas, sin pensar en Satán, en sus pompas ni en sus obras, y practicando así la reunión de las virtudes cristianas más puras logró que su marido fuese uno de los hombres más felices del reino de Francia y de Navarra.

—Será tonta hasta que se muera—dijo de ella el cruel registrador destituido, á pesar de que comía dos veces á la semana en su casa.

Esta historia sería sumamente incompleta si no se mencionase aquí la coincidencia de la muerte del caballero de Valois con la de la madre de Susana. El caballero murió con la monarquía en agosto de 1830; fué á unirse al cortejo

del rey Carlos X en Nonancourt y le escoltó piadosamente hasta Cherbourg con todos los Troisville, los Casterán, los Esgrignon, los Verneuil, etc. El anciano hidalgo llevó consigo cincuenta mil francos, suma á que ascendían sus economías y el importe de su renta, se los entregó á uno de los fieles amigos de sus amos para que se los diese al rey, objetando su muerte próxima, diciendo que aquella suma provenía de las bondades de Su Majestad, y afirmando, en fin, que el dinero del último de los Valois pertenecía á la corona. No se sabe si el fervor de su celo venció las repugnancias del Borbón, que abandonaba su hermoso reino de Francia sin llevarse un céntimo, y que debió enternecerse al ver la abnegación del caballero; pero lo cierto es que Cesarina, heredera universal del señor de Valois, apenas recogió seiscientos francos de renta. El caballero volvió á Alençon tan cruelmente atacado por el dolor como por la fatiga, y expiró cuando Carlos X ponía el pie en tierra extranjera.

La señora del Valnoble y su protector, temiendo entonces la venganza del partido liberal, aprovecharon gustosos un pretexto para ir de incógnito á la aldea donde murió la madre de Susana. En la venta que tuvo lugar á consecuencia de la muerte del caballero de Valois, Susana, deseando tener un recuerdo de su primero y buen amigo, hizo subir la tabaquera hasta el exorbitante precio de mil francos. Solamente el retrato de la princesa Goritzza valía ya esta suma. Dos años después, un elegante joven que hacía colección de tabaqueras del siglo pasado, recibió de manos de Susana la del caballero, que era notable por su maravillosa hechura. Esta alhaja, confidente de los amores más hermosos del mundo y que fué el placer de toda una vejez, se encuentra, pues, expuesta en una especie de museo privado. Si los muertos saben lo que se hace en la tierra, es indudable que la cara del caballero debe enrojecer en este momento del lado izquierdo.

Aunque esta historia no tuviera más objeto que inspirar un santo temor á los poseedores de ciertas reliquias adoradas y hacerles recurrir á un codicilo para señalar inmediatamente la suerte de esos preciosos recuerdos que no existen ya legándolos á personas queridas, habría hecho enormes servicios á la parte de público caballeresca y hermosa; pero encierra una moralidad mucho más elevada. ¿No demuestra

la necesidad de una enseñanza nueva? ¿No invoca de la preciosa inteligencia de los ministros de Instrucción pública la creación de cátedras de antropología, ciencia en la que estamos muy por debajo de Alemania? Los mitos modernos suelen comprenderse mucho menos que los mitos antiguos, á pesar de que estamos devorados por los mitos. Los mitos nos acosan por todas partes, sirven para todo y lo explican todo. Si son, según la escuela humanitaria, las lumbreras de la historia, salvarán á los imperios de toda revolución por poco que los profesores de historia hagan penetrar las explicaciones que dan hasta en las masas departamentales. Si la señorita Cormón hubiese sido instruída, si hubiese existido en el departamento del Orne un profesor de antropología, y si ella hubiese leído el Ariosto, ¿hubiesen tenido lugar nunca las espantosas desgracias de su vida conyugal? Tal vez habría indagado el por qué el poeta italiano nos presenta á Angélica aceptando á Medoro, que era un caballero de Valois rubio, y rechazando á Rolando, cuya yegua había muerto y que no sabía más que enfurecerse. ¿No sería Medoro la figura mítica de los cortesanos de la realeza femenina, y Rolando el mito de las revoluciones desordenadas, furiosas é impotentes, que lo destruyen todo sin producir nada? Descartándonos de toda responsabilidad, publicamos esta opinión de un discípulo del señor Ballanche.

No hemos tenido noticia alguna de las cabezas de negro con diamantes del caballero de Valois. Hoy podéis ver á la señora del Valnoble en la Ópera. Gracias á la primera educación que recibió del caballero de Valois, casi parece una mujer distinguida.

La señora Bousquier vive aún, lo cual quiere decir que sigue sufriendo. Al llegar á la edad de sesenta años, época en que las mujeres se permiten ciertas confidencias, le ha dicho en secreto á la señora Coudrai, cuyo marido fué reemplazado en su cargo en agosto de 1830, que no podía soportar la idea de morir soltera.

Paris, octubre de 1836.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1625 MONTERREY, MEXICO

LAS RIVALIDADES

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año 1625 MONTERREY, MEXICO

EL GABINETE DE LOS ANTIGUOS

AL SEÑOR BARÓN DE HAMMER-PURGSTALL

Cónsejero aulico, autor de la Historia del Imperio otomano

Querido barón: Se ha interesado usted tan vivamente por mi larga y vasta historia de las costumbres francesas del siglo XIX y ha contribuido de tal modo á animarme en mi empresa, que ha adquirido derecho á unir su nombre á uno de los fragmentos que la constituirán. ¿No es usted uno de los representantes más graves de la concienzuda y estudiosa Alemania? ¿No ha de atraer su protección la protección de otras personas para mi empresa? Estoy tan orgulloso de haberla obtenido, que he procurado merecerla continuando mis trabajos con esa intrepidez que ha caracterizado á sus estudios y la investigación hecha por usted de todos los documentos sin los que el mundo literario no podría admirar el monumento que usted ha levantado. Su simpatía por labores que ha conocido y aplicado á los intereses de la sociedad oriental, ha sostenido frecuentemente mi ardor durante las horas sacrificadas al estudio de los detalles de nuestra sociedad moderna. ¿Verdad que le satisfará á usted esto, á usted, cuya sencilla bondad puede compararse á la de nuestro La Fontaine?

Querido barón, deseo que este testimonio de la veneración que siento por usted y por su obra, le coja en Döbling y le recuerde á usted y á los suyos á uno de sus más sinceros admiradores y amigos.

De BALZAC.

En una de las prefecturas menos importantes de Francia, en el centro de la villa y en la esquina de una calle, existe una casa; pero los nombres de esta calle y de esta villa deben permanecer ignorados, esperando que cada uno apreciará por su cuenta los motivos de esta prudente retención exigida por las conveniencias. ¡Cuántas llagas toca á veces un escritor al convertirse en analista de su tiempo!... La casa se llamaba el palacio de Esgrignon; pero haceos cuenta que Esgrignon fuese un nombre convenido, sin más realidad que los